

gunos versos buenos, aunque admirados mas de lo que merecen serlo, escribió otros, ó muy medianos, ó abiertamente cínicos y que no merecen reproducirse. Tales son los que dirigió á su defensor, Mr. Brochand, y otros en *caló*, apostrofando de cobardes á los ladrones; que huyen asustados á la menor apariencia de peligro, lo cual no impide que se les coja y luego se les guillotine delante de un pueblo que se rie al verlos subir al patíbulo. Este es el concepto de esta última poesía.

Por esto se vé cuánto le preocupaba á Lacenaire el recuerdo de sus antiguos camaradas. Pero en quien estaba pensando continuamente era en Avril, en aquel compañero fiel, en aquel brazo resuelto, en aquel hombre grosero, sobre quien habia ejercido en otros tiempos un dominio absoluto, una especie de fascinación y que se hallaba en la Conserjería en otro calabozo á pocos pasos de distancia del suyo, sentenciado á entregar la cabeza al verdugo el mismo día y á la misma hora que Lacenaire. A este se le ocurrió la idea de una reconciliación con su amigote, con quien quiso tener una comida de despedida el 6 de enero, en celebración de la fiesta de los Reyes. Monsieur Allard concedió el permiso que se le pedia para que esta comida se llevara á cabo, y los dos amigos pudieron satisfacer por última vez sus instintos gastronómicos. Se les dió un pedazo de carnero asado, un ave, un principio de otra clase, un postre, dos botellas de vino, café y aguardiente. Para esta ocasión compuso Lacenaire unos versos báquicos en forma de *villancico*, dedicados á su amigo AVRIL y reducidos á mofarse del género de muerte que iban á sufrir, con otras impiedades que no son dignas de recuerdo, ni mucho menos de que manchemos con ellas estas páginas.

Se ha dicho que durante la comida se despertaron de pronto los instintos sanguinarios de Avril y que chupó con una pasión salvaje la sangre de un pedazo de carne que no estaba bien asada. M. Martzene cuenta tambien, que Lacenaire tuvo la precaución de advertir á M. Allard, que á pesar de aquella comida de reconciliación, no dejaría Avril de acordarse en el momento mas impensado, de que su cabeza iba á caer en el cadalso por culpa del que lo convidaba.

«Avril, le dijo Lacenaire, es tan ligero como un tigre; no me le perdais de vista, y cuando os haga una señal con los ojos, echaos sobre él.»

M. Allard en persona, acompañado de dos gendarmes de la Conserjería y de cuatro soldados con bayonetas, presidió aquel acto. La comida fue alegre; los dos sentenciados hablaban en voz baja y sus carcajadas daban testimonio de cuando en cuando de que estaban en buena armonía. De pronto, al servirles el café, se puso Avril muy serio, empezó á jugar con el tenedor de hierro que tenia en la mano y dijo en un tono en el cual se conocia que se estaba reprimiendo:

—No importa, caballero Lacenaire, vous sois quién me llevais al patíbulo.

Aquel era el instante temido por su cómplice; los soldados se echaron sobre Avril y le volvieron á encerrar en su calabozo.

A los dos días, el 8 de enero, dormian los sentenciados profundamente, cuando se les entró á notificar á cada uno por separado que tenian que trasladarse á Bicêtre. Avril comprendió lo que aquello significaba, y dijo con la mayor resignación:—Vamos, sin ser adivino veo que mañana por la mañana á las ocho Lacenaire y yo bailaremos un patedú en la *Abadía de Sube á tu pesar*. Quisiera yo que el tal baile se empezara lo antes posible.

Tambien Lacenaire estuvo sereno, pero con mas afectación.

Cuando M. Lebot, director de la Conserjería, entró en su calabozo eran las nueve de la noche.

—¡Y bien, Lacenaire! le dijo, yo no creia que nos separásemos tan pronto; vestíos, porque se os va á conducir á Bicêtre.

—¡Mejor! ¡Mejor! contestó Lacenaire. ¡El mal paso pasarlo pronto. ¡Si ha de ser mañana, corrientemente! En seguida se vistió; luego con permiso del director escribió unos cuantos renglones, los últimos: «8 de enero de 1836 en la Conserjería á las diez de la noche.

«Vienen á buscarme para ir á Bicêtre, y seguramente caerá mañana mi cabeza. Me veo obligado, á pesar mio, á interrumpir mis Memorias, cuya publicación dejo á cargo de mi editor; el proceso completa las revelaciones que hago en ellas. Adios á todos los seres que me han querido y lo mismo á los que me maldicen; estos tienen derecho para hacerlo así. Y vosotros los que leyéis mis Memorias en las cuales chorrea la sangre en cada página, vosotros que no las leereis sino cuando el verdugo haya manchado su cuchilla en mi cabeza... acordaos un poco de mí... ¡Adios...!

M. Allard estaba presente cuando salió el reo y no pudo menos de enternecerse. Lacenaire habia hecho justicia en alta voz á su lealtad, y esta apreciación conocida del público, no dejaba sin duda de tener cierta influencia sobre la sensibilidad poco comun del jefe de servicio de la policía de seguridad. «Adios y buen ánimo M. Allard, le dijo Lacenaire, ¡este es un paso del que no se libra nadie! Que sea mañana ú otro día, ¿qué importa eso? Vamos á ver; haced lo mismo que yo: tomad la cosa alegremente. Gracias, sin embargo, porque haceis lo que yo debiera hacer.» Y Lacenaire se reia á carcajada tendida de aquella horrible chanzoneta.

Al subir á la carreta que debia conducirlos á Bicêtre, Avril entonó la *Parisiense* y Lacenaire le hizo coro. Al día siguiente por la mañana, Avril le envió un billetito en el cual habia escrito las siguientes palabras: «Mi querido Lacenaire, tú que tienes talento, hazme una canción para que la cante al ir al cadalso.» Lacenaire escribió al respaldo: «Mi querido Avril, no quiero hacerte la canción que me pides; se canta cuando se tiene miedo, espero que por esta causa no cantaremos ni tú ni yo.»

Esta fue la última fanfarronada del desventurado Avril, que sin duda no echaba *baladronadas* sino delante de su cómplice; luego recibió con respetuosa compunción las exortaciones de M. Azibert eclesiástico de gran piedad.

El respetable M. Montes habia sido el encargado